

Historia del Vicariato de Hunan y sus trastornos desde su fundación hasta el año 1889 por el P. Benito González

COMENTARIO Y TEXTO

POR

TEÓFILO APARICIO, O. S. A.

VI

Desde los primeros días de abril, la situación del Misionero fué angustiosa en extremo. Cruzábase sin cesar cartas de los pedáneos, azuzados por el mismo mandarín, invitándose mutuamente a la matanza; y de hecho señalaron por cinco veces determinado día, trastornando el cielo otras tantas sus desatinados planes con truenos y relámpagos y lluvias a torrentes que enviaba en la hora misma en que se preparaba para el destrozo. Mas ellos, lejos de mitigarse con estas señales de enojo mostradas por los mismos elementos, enconaban cada día más sus ánimos, atribuyendo a malas artes lo que había de suceder por curso natural o por especial providencia de

Dios para hacer más patente la verdad de su doctrina. A esto se debe sin duda el que en todas las respuestas que después dieron, mencionaran siempre en primer lugar un barómetro que tenía el Misionero, instrumento juzgado por ellos como medio de comunicación con los espíritus, porque conforme a sus indicaciones solía el Padre predecir a sus familiares la futura tempestad.

A este tenor crecieron tanto los rumores que el día 15 de abril el dueño de la casa temiendo su destrucción, propuso al Misionero la comprara. Resistióse el Misionero al principio; pero fué tanto lo que le importunó que al fin se arriesgó a ello, y el mismo día, delante de numerosos testigos, se cerró el contrato quedando en timbrar las escrituras en la primera ocasión propicia.

Ese mismo día a medio (de él) celebraban en Caichichao los concejiles un consejo en el que discurrieron largamente acerca de las medidas que habían de tomarse para hacer apostatar a los cristianos y echar al Misionero; porque, según propalaban, el mandarín había dado órdenes terminantes, y de no cumplirlas, serían castigados. Al día siguiente por la noche se congregaron estos mismos concejiles en una pagoda inmediata a nuestra botica, y a eso de las ocho de la noche, hora en que todos los cristianos salían de la iglesia de rezar la oración *serotina*, mandaron a un alguacil a intimarles se presentasen inmediatamente en la pagoda a firmar un escrito formulado para hacerles renegar de la Fe. Se presentaron todos, y a despecho de los mismos pedáneos, se presentó también el Misionero a la cabeza, al cual viendo entrar con su pequeño rebaño, enmudecieron largo rato, mirándose mutuamente, hasta que al fin uno de ellos, a quien todos respetaban, rompió el silencio diciendo:

—No se ha llamado al Padre, sino a éstos—señalando a los cristianos.

A lo cual el Padre:

—Pero éstos, en lo espiritual, son mis súbditos, y si delinquieron bueno es sepa yo en qué para castigarlos; y si no han delinquido, ni sé yo qué causa podrá haber para llamarlos tan solemnemente. En resumen, su causa es mi causa.

El pedáneo:

—Pues bien, fulano (un agente de orden público que estaba presente) dice que ha recibido un expreso mandato del mandarín, en que éste nos ordena bajo de severas penas, echemos cuanto antes al europeo y no le permitamos volver más aquí. Usted puede presentarse por sí mismo al mandarín y cerciorarse de si ha dado o no tales órdenes; y si no las ha dado, que sea castigado quien con tal audacia anda propalando tales mentiras, en la inteligencia de que si no se presenta, nosotros tenemos pactado de levantar al pueblo el día 19, y en ese caso, aténgase a lo que viniere.

El Misionero:

—De aquí al 19 no hay apenas tiempo para ir a la ciudad y volver; diferid la fecha y dad al mandarín tiempo para obrar.

—Pues bien—dijeron—, que sea el 24.

Y quedó aplazado para el 24. Vese claramente aquí, que no era el pueblo ni los literatos los que querían echar al Misionero, sino el mismo mandarín.

El 16 el Misionero salió para la ciudad, de paso con ánimo de pedir al mandarín que sellara las escrituras de la compra hecha hacía pocos días. A las tres leguas de camino los que llevaban la litera entraron en una fonda a tomar el desayuno. No bien habían entrado, cuando la población se alborota de repente: un literato se presenta metiendo al Misionero por los ojos la tarjeta del Rvdo. P. Provicario, que conservaban, sin duda de cuando había estado en el tribunal, tratando de confundir al uno con el otro: cunde la fama de que el mandarín

había puesto espías por todos los caminos para no dejar pasar al europeo; el literato clama: ¡Muera el europeo!

Y unos con cuchillos, otros con bastones; éstos mesando la barba y arrancando el cabello, y aquéllos dándole fuertes golpes en las espaldas, a empellones y medio arrastrando, sacaron al Misionero fuera de la población, y le siguieron más de media legua hasta obligarle a prometer que saldría de la provincia. Con esto y viéndole desandar lo andado, la plebe se volvió a sus faenas.

Uno de los muchachos que acompañaban al Misionero, al ver romperse la litera y al Padre ser tratado de modo tan cruel, creyendo no podría salir vivo de las manos de la plebe, cogió como pudo el libelo de acusación, y sin ser conocido, salió de entre la multitud y se fué al mandarín a reclamar justicia. Entretanto el Misionero con el boticario antes mencionado, después de retroceder una legua, por camino distinto se va a la ciudad, sintiendo detrás de sí a la población levantada y clamando contra él. Al entrar en la ciudad le echaron el alto, y no le permitieron pasar los umbrales; era un delegado del mandarín que éste, al ser avisado por el muchacho, receloso todavía de que el Misionero llegase, había mandado salir a esperarle para no permitirle la entrada. Allí pasó la noche el Misionero en una pagoda, siempre custodiado, por temor no se metiera en el tribunal como pretendía: quería hablar, quería exponer la razón de su venida; pero de nadie era atendido. Sabe Dios y él solo lo que pasó aquella noche, ayuno hasta de agua todo el día anterior, después de más de diez leguas de camino a pie, con los pies llagados y las uñas de ellos perdidas, sin contar los azotes que le dieron y el duro suelo por colchones donde le aposentaron. Al amanecer, en compañía del delegado y en medio de una

escolta que le llevaba como a facineroso, salió para Cai-chichao. Llegaron a la puesta del sol, y el delegado aquel se hospedó en la pagoda.

Aquella misma noche convocó a todos los pedáneos y alguaciles del contorno, diciéndoles en público muy buenas palabras, y en secreto exhortándoles a que echasen al europeo y de ninguna manera le permitiesen morar en la provincia de Junan. A media noche, cuando ya todos se habían retirado, llamó en particular a varios de la villa para inquirir sobre la vida privada del Misionero; porque era imposible, decía, que siendo hombre como los demás, no tuviese mugeres (sic) ni siguiese el ímpetu de la pasión como los otros. Un cristiano pasó la noche en un nicho tras de un ídolo y oyó las conversaciones: nadie, ni aun sus enemigos se atrevieron a poner mancha en la fama del Misionero: sólo un bonzo dijo que aunque en público nada se sabía ni se decía, pero en secreto algo debía de haber cuando las cristianas frecuentaban su casa y junto con los varones rezaban y hacían no sé qué ceremonias, permaneciendo algunas veces juntos largo tiempo.

El 21 el apoderado volvió a un lugar distante como cuatro leguas de allí, y el 23 se vino a otro que dista sólo media legua de la villa, desde donde mandó a su secretario diciendo que los rumores crecían y que acaso no pudiesen proteger al Padre; que mejor fuera se pasase a Jupe, pues en Jupe también había paganos a quien predicar. A lo cual replicó el Misionero:

—Tengo orden de predicar en Junan y no en Jupe; y así como tu mandarín no puede ejercer su potestad en lo que es jurisdicción de otro, así yo no puedo predicar en otro punto sin usurpar la potestad que no tengo. Mi destino es en Junan, y en Junan he de permanecer aun

con riesgo de la vida. Dile a tu amo que podrá matarme; echarme no (1).

A esto el secretario:

—Que atenten contra la vida de usted ni contra sus cosas, eso no hay que temerlo; pero los cristianos acaso no salgan bien librados.

El 24 volvió otra vez el secretario, ahora a las once del día, y dijo que el pueblo estaba ya levantado, y que los pedáneos con sus tropas venían por un pueblo distante media legua de allí en donde estaba el apoderado su señor.

—Pues bien—dijo el Misionero—, ya que tu amo está tan cerca y precisamente en el punto de donde viene la turba, llámale que venga y se halle presente a lo que ocurra, porque yo no puedo abandonar la casa y dejar los cristianos expuestos a vuestras iras, que bien manifestadas las teneis contra ellos.

Oído esto desapareció el secretario, y después ni el apoderado ni él volvieron a verse más.

A las tres de la tarde ya se oía cerca el estampido del cañón, y algunos momentos después el ruido de tambores y atabales atronaba los espacios. En la pagoda vecina el bonzo que había informado tocaba las campanas como a rebato, y a su son los del pueblo se levantaban también lanzando al aire cohetes sin cesar: ya no se oía por todas partes sino el estruendo de las armas. La casa estaba de gente que se cosían unos a otros. Un desalmado coge el quinqué y le estrella contra el suelo, y al mismo tiempo un cañonazo disparado contra el altar hace trizas una imagen de San José que servía de retablo; tras de éste dispararon otros muchos, y entretanto la vil canalla robaba y destruía cuanto había a la mano.

(1) Magnífica confesión, que nos confirma, una vez más, en la opinión que ya teníamos del temple guerrero de aquel gran soldado de Jesucristo. Así se comprende que, confidencialmente, repruebe las dudas y cavilaciones de algunos de sus compañeros.

El Misionero, al ver tal destrozo y la casa incendiada por todas partes, da dos pasos para salir. Apenas se había separado de la puerta cuando un satélite le asentó en la cabeza un terrible golpe con su hasta (sic); tras de éste, otro le descarga con un tridente varias punzadas en el cuello y le derriba en el suelo dejándole como exánime. La sangre salía a borbotones hasta por la boca, de modo que alguien creyó que alguna punzada había penetrado en la garganta. Todavía no contentos le asen de la coleta, y cosiéndole con el suelo, dejan caer sobre su cabeza, hombros y espaldas tal lluvia de golpes que la sangre brotaba por todas partes.

—¡Inhumanos, piedad!—clama un alma fiel—, tened compasión de los muertos ya que no la tuvísteis de los vivos. ¿No le veis que está ya exánime?

Y diciendo y haciendo se echa sobre el Misionero exponiendo sus propias espaldas a los golpes, por librar de ellos al que él tenía por padre (2).

Otro clama:

—¡Basta, no se os ha mandado tanto!

Como no estaba de Dios que en aquella hora muriese el Misionero, pasados algunos momentos se levantó, con el semblante y vestido rojo sí y bañado en su propia sangre, pero tan fuerte y ágil como de antes; y por una larga calle fué conducido en procesión hasta la pagoda, excitando con su lastimosa figura afectos de compasión en unos, en otros de risa y escarnio. De la casa-iglesia se fueron a la botica, y la destruyeron también; y a la mujer del boticario por hablar dialecto diferente (es del confín norte de Jupe en la raya de Junan), de una solá palabra que dijo tomaron ocasión para burlarse de ella y tratarla brutalmente, hasta quitarle el vestido

(2) Ya vimos en biografía del P. Benito que esta «alma fiel», que libró de una muerte segura al Misionero de Cachichao, no era otra que el catequista y buen cristiano nombrado Pablo Cheng.

y llevarla sin camisa a la pagoda a presencia de su esposo y del Misionero, para aumentar a éstos su tormento. De la botica se fueron a casa de los demás cristianos y con cada una hicieron lo mismo.

Ya entrada la noche, llevaron al Misionero a casa de uno de los pedáneos donde se hallaban todos reunidos, después que la plebe se había marchado. Allí todavía empezaron a excusarse delante de él, y tratar de hacerle firmar un papel que los pusiese fuera de compromiso; a lo cual él se negó. Simulaban querer llevarle al día siguiente al mandarín, só pretexto de patrocinarle y pedir para él justicia, pero el Misionero sabía que en el camino le habían puesto asechanzas de las cuales no podía librarse. Clamó varias veces por que le dejaran pasar a la provincia, y ni esto le concedieron. Conocida, pues, su intención y con la excusa de querer hacer una necesidad natural, sale a la calle acompañado siempre de satélites. Una vez que se vió fuera, tiende a correr sin volver cabeza atrás. Clama un satélite:

—¡El Padre se marcha!

Y salen en su seguimiento todos los pedáneos. Pasó la raya de provincia, y Dios depara a un cristiano también escapado, que alumbrando con un farol, le condujo a casa de un conocido. Entra el Misionero y con él entran también los que le perseguían con ánimo de arrebatarse; pero como era ya provincia diferente, se levantó un pequeño motín, y los obligaron a volverse sin conseguir su intento. A media noche traen aviso de que vienen otra vez con gente armada para robarle; y a la misma hora se interna cuatro leguas en la provincia de Jupe, y se refugia en casa de una familia cristiana, en donde pasó el día siguiente, Pascua de Resurrección, y fué visitado por el mandarín militar que allí hay, quien le dió para curarse las heridas unos polvos que diz que usan en las acciones de guerra, bien que el Misionero no los aplicó,

porque al hacer la inspección se halló que la herida mayor estaba cicatrizada, y no se podría abrir sin nuevo dolor, y las de la cabeza que eran muchas, estaban hechas una costra formada de la sangre coagulada y el cabello, y como por otra parte no sentía ya dolor alguno, ni tenía entera confianza en la medicina, creyó más prudente abstenerse de ella. Dios pague, sin embargo, esta obra de misericordia a alma tan generosa y la ilumine con la verdadera luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, para que conozca el error en que de buena fe se halla sumergido y entre por la verdadera senda que conduce a la vida (3).

El lunes de Pascua con apresuramiento se puso en camino para Jancou a dar cuenta de lo sucedido y presentar las heridas al médico para que pudiese dar testimonio. Llegó a Jancou el viernes de Pascua por la noche; pero llegó sin tener que presentar, porque las heridas habían desaparecido por completo, sin quedar más señales que la cicatriz de la punzada mayor y la falta de la mitad de su cabellera.

En Jancou el P. Celedonio y Fr. Pedro aseguraban que, si hubiese tardado más en llegar, el P. Saturnino indudablemente hubiera acabado de perder el juicio. Aquella cabeza se conoce que sufría y cavilaba lo que es indecible; tanto que no podía pasar un momento solo, y el tiempo del sueño en que la necesidad le obligaba a estarlo, la pasaba llorando. Por condescender un poco se prolongaban las vigiliás hasta las once y las doce de la noche, y más de una vez sucedía después de despedirnos y habernos acostado entrar él y sentarse a la cabecera de la cama preguntando sobre el tema de siempre:

(3) El P. Benito supo más adelante que este mandarín era protestante con toda su familia, y que guardaba fielmente la Ley de Dios, de tal modo que si puede darse algún protestante nos dirá de buena fe, no hay duda que éste tiene que ser uno de ellos. (Nota del mismo autor de los Apuntes.)

—¿Qué le parece? ¿Qué haremos?... ¿Dejaremos las Misiones?... ¿Nos iremos a Filipinas?... Todo se ha perdido... Y por mi causa...

Y al decir *por mi causa*, echábase a llorar como un niño (4).

(Muchas veces empezaba una conversación, y a lo mejor se trascordaba y perdía el hilo sin poder dar otra vez con él por más que pensaba. Así, hablando un día con el cónsul francés, tocó un punto al parecer de mucha importancia, y se quedó en el exordio, pasando de allí a otra cosa; y al fin de la conversación, llamándole el cónsul la atención sobre él, no fué posible volver a recordarlo. Después el cónsul admirado preguntaba si aquel Padre estaba loco.)

(De todo esto se dió cuenta a N. P. Provincial, primero por el P. Celedonio, como Procurador, y después por el P. Benito. N. Padre le escribió una carta cariñosa, diciéndole que fuese a Filipinas a distraerse una temporada, y de paso tratarían varias asuntos que serían de futura utilidad para la Misión y verían de hallar un medio de componer tantos trastornos. Excusóse el Padre de mil modos pareciéndole que si iba, todos clavarían en él sus ojos y le mirarían como a un monstruo, expresión que repetía entonces con mucha frecuencia. Nosotros por nuestra parte, pudimos persuadir al P. Provicario de la conveniencia de salir a distraerse una temporada; y se determinó que fuese a la Misión de los Padres Dominicos de Fukien, y pasase con cada Misionero ocho o quince días, estudiando al propio tiempo el modo de misionar que allí tienen: con esto adquiriría un rico caudal de conocimientos prácticos para lo futuro y se libraría del terrible mal que le amenazaba.

(4) Quizá nunca hayamos leído una página tan elocuente acerca de nuestras Misiones en China. Esta es la verdad histórica de Hunan Agustiniana. Sólo por dar a conocer estas páginas inéditas nos damos por bien pagados de nuestro trabajo.

A su llegada a Sanjai escribía al P. Benito, diciéndole que le parecía se encontraba mejor, y que pensaba hacer ejercicios espirituales. A lo cual respondió el Padre Benito con fecha 4 de junio: «Me alegraría que pudiese usted, como dice, juzgar las cosas mejor que antes, si fuera cierto; mas como no es más que parecer de usted, dejaré el alegrón para cuando sea cierto y no lo parezca. Lo de los ejercicios espirituales es una prueba más de que el parecer de usted no es de aquellos que por sí solos hacen opinión probable. Yo tengo para mí que si los hiciera, al tercero día se quedaría rematado. Por ahora expansión es lo que usted necesita.»

En Sanjai se encontró con el nuevo cónsul francés que venía a Jancou, impío y masón que nada veía con tan buenos ojos como el exterminio de las Misiones y el difamamiento de los Misioneros. Este le convenció de que todos nuestros asuntos tenían muy fácil arreglo; pero que era necesario estuviese en Jancou el superior de la Misión para tratarlos.

Volvió, pues, a Jancou, después de haber visitado al recién llegado de Europa Excmo. Sr. Ministro español e implorando también su sufragio (aunque inútilmente, porque no era éste el neto católico y caballero español señor Salcedo, sino el del mezquino interés de seis mil duros, Sr. D. Tiburcio Rodríguez, el hipocritón que en Filipinas besaba arrodillado la santa correa de los religiosos pidiéndole al propio tiempo le encomendasen a Dios).

A los quince días de su vuelta de Sanjai salió el Padre Benito para Junan (casi obligado de la necesidad, porque mientras estaba en compañía del P. Provicario, no cesaba éste de repetir el tema de siempre y perseguirle de noche y de día sin dejarle libre ni aun el tiempo más necesario para el reposo. Un día fué tanto lo que insistió, tantas las cosas que dijo, que dicho Padre,

en presencia del P. Celedonio y de Fr. Pedro, protestó solemnemente y en tono el más severo que pudo y dijo:

—¡Váyase usted con cinco mil y más y no consuma la sangre al prójimo, que yo, aunque todos me dejen solo, y aunque solo haya de vivir más años que los de Matusalén, no dejaré a China mientras los Superiores no den en contrario una orden terminante; y desde ahora le prometo que no he de contestarle más ni una sola palabra mientras me venga con esas tonterías).

A vista de Junan y tres leguas distante de Caichichao pasó el verano abrasador. Días antes de su llegada había sido enviado de la capital de Junan un gran mandarín con poderes extraordinarios para examinar y conocer en la causa de Caichichao. Venía escoltado de mucha gente de armas y acompañado de mucha nobleza chínica, entre éstos el magistrado y mandarín de Litchou. Mostró al principio gran severidad, y los cristianos esperaban mucho de él; pero luego se supo que había recibido de los dichos mandarines la cantidad de tres mil pesos, los cuales le inclinaron la mano para informar tan malignamente como lo habían hecho los predichos mandarines a raíz de los sucesos. El informe llegó a Jancou en el mes de julio, y su contenido no es más que un tejido de inmundas imposturas lanzadas contra el Misionero y nuestra Santa Religión. Se instó porque fuera el cónsul y lo viera por sí mismo como lo había prometido, o por lo menos enviara uno de su confianza al lugar del suceso; mas el cónsul, sea porque no tuviese facultades para ello, o por su incredulidad y poco afecto a nuestra Santa Religión, de que hacía mucho alarde, o por otra causa que no conocemos, es lo cierto que no consintió a nuestra petición; es lo cierto que desde su antecesor Sr. Huart, católico de conocida piedad que había hecho las primeras diligencias, hasta el día presente, no se ha vuelto a hacer reclamación alguna; es lo cierto que aquel larguísimo

infolio de imposturas está todavía por contestar, no obstante de haber entregado al cónsul la contestación hecha con todas las fórmulas y requisitos como se había de presentar a la autoridad chínica. ¿Qué significa esto?...

A fines de julio subió el P. Celedonio para Tsenanfun?

En septiembre volvió a Jancou el P. Benito, temeroso de que en la raya de Junan, donde se había fijado, hubiese también algún trastorno, y el fuego de la persecución se prendiese también a esta provincia como amenazada.

A fines de este mes recibió el P. Saturnino una carta de D. Tiburcio, contestación a otra que el Padre le había escrito por el mes de julio, pidiéndole protección. El ministro español le dice que hará, sí, por nosotros cuanto pueda, pero que *su gestión en Pequín no puede ser más que indirecta*, porque el protectorado de las Misiones está confiado a Francia. El mismo día que llegó esta carta, algunas horas antes de recibirla, había salido dicho Padre otra vez para Sanjai a tratar ya expreso con él, y resuelto a dejar a Francia; pero ese mismo día el Ministro se despedía de sus conocidos en Sanjai para partir a Pequín. De Sanjai el Padre le escribió, y no tuvo contestación; pero aquel cónsul español le aseguró que volvería pronto, porque venía de Europa su señora y tenía que bajar a esperarla.

Así, esperando al Ministro y el Ministro huyendo de él, se pasaron dos meses, al cabo de los cuales (y la misma víspera de llegar a Sanjai el Ministro), se volvió a Jancou, movido por una carta extemporánea que Fr. Pedro le escribió ocultamente diciéndole lo que no había. Tras de él, con un solo día de diferencia, llegó también de Filipinas el P. José Pons para trabajar en esta recién plantada viña. (Días antes de su partida de Sanjai, aquel escribía a Jancou diciendo que esperase al Ministro tar-

dase lo que tardase, y le hablaría clarito sin andarse ya con más rodeos. «También he escrito sobre lo mismo—añadía—a la Reina de España, a N. Rmo., el Ilmo. Padre Cámara, a N. Padre (5); y hoy escribo al mismo Ministro y al Cónsul inglés-español de Jancou a quien digo te presentarás tú (6) y le expondrás el asunto; y por último escribo al cónsul francés de ésa diciéndole que no cuide más de nosotros.» Al día siguiente telegrafaba: «Preséntate Cónsul inglés.» Dos o tres horas después volvía a preguntar por telégrafo: «¿Qué te ha dicho cónsul inglés?» Y respondiéndole el P. Benito que aún no se había presentado, que se fuese despacio, al día siguiente muy de mañana mandó otro parte que decía: «No te presentes cónsul inglés.» Y en la misma hora iban partes al Ministro español, a Ntro. Padre, dos al cónsul inglés y dos al francés, desdiciéndose sin saber por qué de las cartas que había escrito aun antes que éstas llegasen a sus destinos. Resumen: nueve partes telegráficas en menos de dos días).

Por estos mismos días, el P. Benito tuvo con el cónsul francés un altercado bastante ruidoso. Había ido este Padre a visitarle varias veces, y le respondía siempre el portero que, o no estaba, o que estaba dormido. Fué la última de ellas a las doce en punto cuando sabía que le había de encontrar sentado a la mesa; y también le respondieron falsamente que no estaba. Preguntó al Secretario si había llegado alguna comunicación del mandarín, y le respondió que sí. Pidió leerla, y el secretario se la entregó. Léela, y encuentra en ella lo que el Padre Provicario había mostrado deseos de tener para presentar al Ministro español: encontró que el mandarín se reía del cónsul, y en tono sarcástico le decía que en vano se empeñaba en reclamar por *el francés tal, del pueblo de*

(5) Se refiere al P. Provincial, a la sazón M. R. P. Fr. Felipe Bravo.

(6) La carta en cuestión iba dirigida al P. Benito González.

España. Como era un párrafo muy largo, preguntó al secretario si podría llevárselo por unos días para enterarse mejor, y respondiéndole que sí, se la llevó, sacó copia, mandó el mismo día el original al P. Provicario para que lo presentara a nuestro Ministro (a quien el P. Benito suponía ya allí), encargándole al mismo P. Provicario lo devolviese cuanto antes.

Al cuarto día, lloviendo a jarros, el cónsul manda a buscarlo, y se le dice que dentro de un poco se lo llevarán; manda otro aviso con más insistencia, y el Padre entonces le envía la copia; viene tercer aviso, y entonces el Padre en persona se fué allá a dar explicaciones. Entró y encontró al cónsul hecho una hiena: trátóle al Padre de ladrón y no sé qué más. El P. le escuchó sin apurarse y sin interrumpirle. Concluido el sermón, empezó el Padre el suyo entrando por obligar al cónsul a llamar a su secretario, para que en presencia de los dos confesase si el Padre era ladrón o el cónsul calumniador; y confesó el secretario sin rodeos, para vergüenza del cónsul, que el Padre no había robado la comunicación, sino que se la había entregado él. Luego, de esto tomó ocasión el Padre para echarle en cara las mil contradicciones en que había incurrido en las pocas visitas anteriores; y en seguida se salió. Dos días después llegó la comunicación original, y el Padre se la envió por un muchácho; y aquel día por la tarde el cónsul se presentó al P. Angel y le suplicó se viese con el P. Benito, y le encargase que podía seguir relacionándose con él como antes. Temía él, según testimonio del P. Angel, que el P. Benito le acusase a su Ministro, y éste le castigase por no cumplir las órdenes que le daba. Le visitó de nuevo el P. Benito, y le recibió con muchos halagos y distinciones; pero después sobrevinieron tantas causas del P. Provicario, que nos quedamos como antes sin sacar nada.

El 26 de noviembre subió el P. Provicario a reforzar al P. Luis que se hallaba necesitado, según se verá más adelante.

El 13 de diciembre recibió el P. Benito una carta de N. Padre, que decía: «Con esta fecha escribo al P. Provicario, y es ya la tercera vez, diciéndole que se venga por acá a pasar una temporada. Si él no quiere venir, véngase usted.» Como el P. Provicario había subido a la Misión, y su voluntad de no ir a Filipinas era ya conocida, el dicho P. Benito, que no necesitaba muchas espuelas, se puso en camino para Manila el mismo día 13, moviéndole también a ello una carta del R. P. Procurador dominicano de Hongkong que había venido el día antecedente, en la cual aseguraba que N. Rmo, llegaría en breve de España con otros Padres y pasaría por allí; y este Padre deseaba verse con él. La noticia por fin no salió cierta; y cuando este Padre llegó a Jongcong, el Reverendísimo estaba ya en Manila por la vía directa.

1887. En Filipinas permaneció hasta el 22 de marzo del siguiente año, en cuya fecha subía otra vez a bordo en compañía del M. R. P. Definidor Fr. Celestino Fernández Villar, que venía de Visitador General, y de los PP. Bartolomé Fernández y Manuel Fernández. El Sábado Santo, 9 de abril, llegaron a Jancou.

El cuarto domingo después de Pascua se celebraba en Jancou el segundo Concilio regional, al que asistió el Rmo. Provicario como superior de la Misión, bajando de ésta para el efecto. Fué nombrado también el P. Benito para asistir a él en calidad de teólogo, pero renunció a tal distinción.

A principio de mayo el M. R. P. Visitador General presentó ante los PP. existentes en Jancou las patentes de tal que le había conferido Nuestro Reverendísimo, y en su nombre y veces abrió la santa Visita Regular en

la forma que ordenan nuestras Sagradas Leyes. El Padre Pons fué nombrado Procurador.

El día 23 de junio subió el P. Saturnino a su antigua residencia de Sesueitien, y el 28 del mismo mes salía también el P. Benito a desempeñar una comisión que le había confiado el P. Visitador.

El 18 de julio volvió a Filipinas el R. P. Visitador citado, y con él el P. Bartolomé Fernández por venirle mal el clima de China, y Fr. Pedro Citores.

En noviembre volvió el P. Benito, sin haber desempeñado completamente su cometido; porque una enfermedad que le duró más de dos meses y le puso a las puertas de la muerte, le impidió continuar la expedición comenzada de recorrer y explorar todo el Vicariato. Antes de emprender la segunda expedición, recibió carta de Ntro. Padre dando por terminada su comisión, y en 4 de marzo de 1888 subió a la villa de Tsenanpin, donde permanece aún. Con él subió el P. Manuel Fernández para quedarse en Semen de compañero del P. Luis. El P. Celedonio de Tsenanpin, donde había estado desde su subida de Jancou, pasó a Sesueitien, a reemplazar al P. Provicario que en el mes de abril bajó para ir a Pequín por unánime consentimiento de todos los Padres para *entablar de nuevo las negociaciones con la Legación francesa, y arreglar los asuntos pendientes*. Pero en Jancou se detuvo, y al cabo de cinco meses largos volvió a subir a la Misión como había bajado.